

Septiembre

“Nunca fui fan de la ropa negra, ni siquiera de la música rock, pero cuando te vi aquel primer día de 3º de la ESO, parecía que con tu aspecto gritabas a todo el mundo tu gusto por estas cosas. Alto, delgado, pelo castaño, liso y largo, ojos azules que parecían el reflejo del mar, ropa negra y un piercing en el labio. Ese eras tú, Fran.

Te sentaste en la última fila sin presentarte y así te quedaste todo el día.

Eras nuevo, y los primeros días nadie parecía percatarse de tu presencia. Parecías frío y vergonzoso al mismo tiempo.

Durante el primer mes, te sentabas cerca del grupo en los recreos; en el segundo, te alejaste un poco; y en el tercero ya no salías de clase.

Nadie, nadie, nadie se daba cuenta de tu calvario, excepto yo, así que con una mezcla de miedo y vergüenza, decidí quedarme en clase contigo, con la excusa de que debía estudiar. Ese día no me hablaste, ni yo a ti. Aún así, continué quedándome contigo.

—¿Por qué?—Me preguntaste un día, desde tu sitio al final de la clase.

—¿Qué?—Respondí sorprendida, ya que me habías dirigido la palabra.

—Que por qué te quedas aquí. No hay ningún examen.

No respondí. Te levantaste y te acercaste a mí.

—Aléjate de mí. Vas a perder a tus demás amistades si no vas con ellas.

Seguí sin responder. Tú cogiste una tiza y dibujaste una estrella en la pizarra.

—Las personas... son como estrellas. Cada una tiene una estela que se queda grabada en el cielo de alguien. Unas brillan mucho y otras no. Y yo... creo que ni si quiera tengo estela.

No pude decir nada ya que saliste de la clase corriendo y diste un portazo.

—¿Señorita Alisson? Ya puede pasar a consulta.

Mi madre y yo caminamos por ese pasillo de hospital que tanto odio, y entramos en la habitación a la que odio aún más. Nos sentamos en unas sillas frente a la doctora.

—Como ya les dije por teléfono...—Comentó—Tenemos los resultados de las pruebas de Alisson.

Me miró.

—¿Y bien?—Preguntó mi madre, seria.

La doctora se quedó callada. Tomó aire.

—Ally, cariño, ¿puedes salir un momento?

Estoy sentada fuera, en la sala de espera. Oigo los sollozos de mi madre dentro de ese maldito cuarto. Me levanto y salgo corriendo. ¿Hacia dónde? No lo sé. Quizás intento huir de esta leucemia que está consumiéndome. Quizás estoy persiguiendo tu reflejo, que corre para salir de clase. No paro de pensar en que si quizás me hubiera acercado a ti desde el principio, no habrías sufrido esa soledad.

Y escapo. Escapo muy lejos, corriendo por las calles de este pueblo que hoy esta nublado y llora.

—No quiero dejarte ir—Repito una y otra vez, mientras las gotas de lluvia resbalan por mi ropa y cara.

Continué corriendo. No había nadie en la calle. Eso era agradable.

Me dirigí a las afueras, y allí me paré en el puente que había. Alguien me habló.

Lo siguiente que pasó está borroso en mi cabeza. Recuerdo que me desperté de repente en mi cama, y recapitulé lo que pasó.

Alguien me habló allí, un extraño hombre. Me dijo que podía darme la posibilidad de volver hacia atrás, hasta el principio de septiembre.

No lo creí pero igualmente le pedí que lo hiciera. De todas formas, nadie podría cambiar el desenlace de mi historia.

Era Septiembre, primer día de clase. Entraste y te sentaste en la última fila.

Y yo fui tras de ti.

Me miraste de arriba a abajo, y por primera vez, te vi sonreír. Era bonito ver a tus ojos brillar y a tus mejillas formar dos adorables hoyuelos.

En el recreo me senté junto a ti. Te mostraste sorprendido, pero me aceptaste.

Me hablaste sobre ti. Tus padres se habían separado y a ti te habían cambiado de colegio. Mientras me lo contabas, el brillo de tus ojos se iba apagando, así que te pedí que pararas.

Obviamente no te hablé de mi leucemia, que al parecer no se había detenido y seguía arrasándome por dentro.

A la mañana siguiente, nos volvimos a sentar en el mismo lugar. Tú sacaste tu móvil y te colocaste los auriculares que había conectados a él.

—¿Qué escuchas?—Pregunté.

—Mi canción favorita.

Te quité un auricular y lo acerqué a mi oreja. Una música suave tocada con guitarras junto con una letra melancólica. Me recordaba al otoño. También a mi madre sollozando en aquella consulta.

Un nudo se me hizo en la garganta, pero no lloré, porque tú estabas delante.

Fueron pasando los días. Descubrimos un hueco, “nuestro hueco”, en una de las antiguas paredes del instituto, y allí guardábamos cosas. Tú siempre escuchabas esa canción.

—Es que esta siempre fue mi canción favorita.—Repetías.

La mía también lo es, pero porque la escucho contigo, Fran.

Todos sabíamos que mi destino ya estaba sellado y que no había manera de evitarlo, pero tú me hiciste olvidarlo. Espero que yo también te haya podido hacer olvidar tu dolor.

Y es que al fin y al cabo, las personas son como estrellas. Cada una tiene una estela que se queda grabada en el cielo de alguien. Y tú... sí tienes estela. Y brilla. Muchísimo. Como tus ojos cuando sonríes.

Has dejado en mi cielo un rastro permanente.

Soy una egoísta... una egoísta por estar muriéndome. Siempre supe mi final pero aún así quise estar contigo. Ahora sufrirás por mi culpa. Soy alguien horrible.

Te quiero.

Nunca se me dio bien escribir cartas, pero te dejo esta en nuestro hueco, porque sé que la encontrarás.

Alisson.”

Fran continuó corriendo y llorando, no podía soportar la muerte de Ally. No había nadie en la calle y eso era lo único agradable.

Se dirigió a las afueras, y allí se paró en el puente que había. Alguien, un hombre misterioso le habló.

—¿Quieres volver atrás... hasta el principio de septiembre?